

30

Colección
Ciencias Sociales



Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama
Compiladoras



UPB
Universidad Pontificia Bolivariana

Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Directora de la Facultad de Psicología: María Paula Valderrama López

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Revisión editorial: Mariaclara Olaya

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Diana Patricia Carmona Hernández

Fotos portada: Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Los tiempos de los sujetos y del inconsciente¹

Colette Soler
solc@wanadoo.fr

Practica y enseña el psicoanálisis en París. Es doctora en Filosofía de la Universidad de París V y doctora en Psicología de la Universidad de París VII.

Fue su encuentro con la enseñanza y la persona de Jacques Lacan lo que le hizo elegir el psicoanálisis. Fue miembro de L'École Freudienne de París y después de su disolución, directora de L'École de la Cause Freudienne, miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis hasta 1998 cuando participó de la creación de la Asociación Internacional de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano y su Escuela. Es autora de numerosos libros publicados a nivel internacional y traducidos a más de 5 lenguas.

1 Ponencia presentada en el IV Seminario de Escuela: *Límites, fronteras y confines del psicoanálisis*, organizado por el D.E.L. F9 EPFCL (Madrid, 15 de marzo 2019).

Titulé mi charla de hoy “Los tiempos de los sujetos y del inconsciente”, puesto que hay una inquietud ahora sobre la época. Sobre el psicoanálisis en la época me pregunté qué es lo que puede cambiar. Es cierto que las subjetividades son de época, históricas, pero ¿qué es lo que cambia exactamente en la historia para los que llamamos sujetos? Si contesto a esta pregunta, después podré preguntar hasta dónde estos cambios podrán comprometer al psicoanálisis.

Entonces, mi pregunta la puedo reformular: ¿qué es lo que es histórico y lo que no es histórico? Histórico es la realidad de los lazos sociales, es cierto, estos lazos sociales, por supuesto, están insertados en otras realidades: económicas, financieras, e igualmente históricas, es cierto, pero eso no cambia nuestra pregunta sobre hasta dónde los lazos sociales, lo que Lacan llama discursos, determinan a los sujetos uno por uno. Cuando decimos discursos o lazo social, en vocabulario común, se puede decir los modos de vida que incluyen la cultura, evidentemente.

Los lazos sociales, los modos de vida, determinan a los sujetos cuando los sujetos se apalabran a los discursos, lo que quiere decir, cuando aceptan los semblantes que ordenan los modos de vida; y este término apalabrarse de Lacan indica y supone que para los sujetos hay un margen, si no de autonomía, al menos un cierto margen de opción posible, de elección posible. Revueltas, protestas, peleas, sin las cuales no habría ninguna evolución posible de los modos de vida, si los sujetos no tuvieran un cierto margen, no de libertad, si no de objeción, podemos decir. Entonces, si hacemos un retrato del hombre de 1900 y el de 2018, dos retratos posibles –dos hombres que adhieran al discurso en estas dos fechas–, sería posible y serían bien diferentes los dos, casi nada parecidos. Debemos tomar la medida de que antes de dar una adhesión a algunos partidos políticos, religiosos, de opinión, adherimos al discurso, más o menos.

En nuestros términos analíticos, el apalabramiento se dice primero en Freud con el término identificación, y, en Lacan, con el término significante amo. Pueden ver *El hombre de las ratas*, su identificación a la figura del oficial con lo que esta figura implica de los ideales, de la dedicación al colectivo, del ánimo físico, del coraje, de la valentía, de la probidad; y Freud nos ha dado todos los detalles, es patente, hombre de otra época.

Entonces, los modos de vida implican lo que se llaman los valores, en términos comunes, siempre, los valores que se transmiten vía

la educación y todo el discurso social. Los valores de los individuos no son siempre conscientes, ni inconscientes ni conscientes, más bien preconscientes. Hay una prueba posible para percibir los valores de un individuo: todo lo que le produce orgullo de sí mismo y su tiempo, y todo lo que le avergüenza de sí mismo y de su época, nos indica, claramente, la línea de los valores, sin discursos. Creo, entonces, que aquí los afectos son signos, y, de hecho, es lo que producen todas las polémicas de palabra en los encuentros con amigos y enemigos, en las comidas, en los debates políticos. Con todo esto estamos a nivel del verbo y de lo que este ordena, o sea, los significantes. Podría decir, quizá, la mentalidad, en el sentido de Lacan, pero no hay duda de que es solo un aspecto de las cosas, parcial, puesto que los significantes que ordenan los modos de vida tienen también efectos que no son sujeto, efecto de sujeto; tienen efectos de cuerpo, lo que Lacan llama *corpo-rección*², *rección* proviene del latín *rectus*, y lo encontramos también en corrección, o sea, la fábrica de los cuerpos socializados. Los modos de vida no solo determinan a los sujetos sino también a los cuerpos, los cuerpos socializados, y es muy largo el campo de la socialización de los cuerpos: producir cuerpos que puedan convivir con otros, saber lo que se puede mostrar del cuerpo, decir sobre el cuerpo, hacer con el cuerpo, etc.

Los modos de vida determinan la configuración de los más de goce conformes, los autorizados, los impuestos y los prohibidos. Lo que intento decir en el vocabulario común, finalmente si hablamos con nuestros términos, podemos decir que el discurso da figura al sujeto tachado, determinado por el lenguaje. Figura quiere decir aspecto imaginario entre los ideales y las imágenes del cuerpo, y le dan, además al sujeto, un *partenaire* de goce, ese objeto *a* más de goce que contesta a la falta fundamental del sujeto.

Y ahora, el individuo que llega al consultorio del analista no es más “un hombre de las ratas” –quizá puede llegar en algunos lugares aislados–, es más bien un hombre animado por una reivindicación de igualdad fundamental, igualdad de uno a otro, e incluso, de un sexo a otro, y, además, un individuo que puede intentar fabricarse su imagen, completarla, cambiarla, producir, eventualmente, una

2 Jacques Lacan, “Joyce el síntoma”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 596.

imagen original –a veces loca, chiflada– y podemos decir que el valor principal de este individuo, típico de la época, es la autopromoción narcisista. Pueden ver todo el vocabulario que se utiliza, pues tiene que encontrar su proyecto de vida, tiene que ver qué hacer con su vida, encontrar su vía, ganar la competencia, a veces, irrisoria; y, para resumir, es el escabel de la autopromoción que se encuentra en cada uno cuando llegan al consultorio. Y cuando Lacan dice “Hay del Uno”, lo dice a partir de la experiencia del análisis, pero podemos ver que es totalmente convergente con la evolución de la época y que eso, además, es solidario de los odios que se multiplican y se desarrollan en la época actual.

Ahora bien, ¿qué hace el analista con el sujeto que llega a su consultorio, sea el hombre de las ratas o el sujeto de hoy? Y eso, al menos, que sea un analista que haya asimilado un poco la enseñanza de Lacan. En principio, el análisis no sostiene ningún ideal civilizante, ni el ideal del oficial, ni el ideal del emprendedor. El análisis somete al sujeto a la cuestión del más de goce, apunta a que el goce se diga. Sí, pero ¿qué goce? No el goce que conocemos todos, no el goce definido por el discurso modo de vida –ese goce no necesita confesarse, está en todas partes, es patente–, no el goce de los cuerpos socializados. Un análisis apunta, dice Lacan, a poner en claro el inconsciente del cual son sujetos, y poner en claro el inconsciente es poner en claro lo que el inconsciente produce, o sea, el goce síntoma. El Uno de goce propio de cada uno, pueden notar que, en la escritura de los discursos, en los cuatro términos que Lacan utiliza hay algo que falta, y lo que falta es lo que inscribiría el goce disidente del cuerpo, y que Freud nombró síntoma. Freud pensó que este goce del síntoma era un goce patológico, que era solo para los neuróticos –al menos al principio lo pensó así–, pero Lacan ha generalizado la idea a nivel del malestar, la idea de que el goce disidente del síntoma era para cada uno, para cada individuo, para cada hablante, constituyente de su singularidad de goce, voy a decir de su corpo-diferencia, mejor que disidencia, a pesar de que Lacan habla de la disidencia de la pulsión. He hablado de la corpo-rección, y la corpo-diferencia es lo que no entra en la corpo-rección socializada.

Ahora podemos preguntar si eso puede cambiar, o sea, si la producción de los Unos de goce propios, vía el inconsciente, en cada uno, si eso es histórico o no. Debemos opinar sobre este punto, y al menos tenemos la respuesta de Lacan sobre esto que consiste en

decir que eso no cambia, que el inconsciente es desde siempre; lo explícita en *Televisión*, y dice que el inconsciente es de siempre y que desde siempre habla con el cuerpo, y dice que el inconsciente corpo-diferencial es desde siempre, mientras que los lazos sociales, históricos, son corpo-rectores. Entonces, eso no es histórico, lo histórico es el hecho de que Freud ha descubierto, inventado el inconsciente, lo ha pensado y nos ha enseñado a pensarlo como un saber hecho de significantes, y eso sí es nuevo en la historia, pero no es el inconsciente lo que es nuevo sino el psicoanálisis que se acerca al inconsciente de cierta manera, pensándolo como un saber hecho de significantes coalescentes con el goce, hecho de rasgos unarios que se producen en los accidentes contingentes de la historia individual, y que no tienen nada que ver con las identificaciones del sujeto. Entonces, a la división del sujeto hay que añadir la división del ser hablante entre su dimensión sujeto y su dimensión corporal, las dos ligadas por el hecho de que cada uno tiene un cuerpo, y, uno solo.

Entendemos, me parece, por qué el inconsciente –al menos Lacan nos ha dado una teoría que lo explica– no es histórico. El inconsciente no es un efecto de discurso, sino un efecto de lenguaje, y, entonces, vale para todos los que hablan, o sea, para todos los que usan el lenguaje: hablar es eso, usar el lenguaje; y es, precisamente, por los efectos del lenguaje, si los aislamos de los efectos del discurso, los efectos del lenguaje no fluctúan con el tiempo, son de siempre los que conocemos, son efecto de falta y de corte, fragmentación, y es por eso que Lacan ha podido encontrar el modelo de la transferencia en Platón, porque la transferencia es un fenómeno ligado al uso del lenguaje, y entonces no es algo que aparece con el psicoanálisis, no es algo histórico la transferencia. De la misma manera, Lacan puede utilizar la lógica para pensar el psicoanálisis, parte del psicoanálisis, puesto que la lógica depende del lenguaje, es siempre lógica del lenguaje.

Entonces, el objetivo de un psicoanálisis refiere al goce unario único. Pero ahora, ¿qué hacemos con las identificaciones? En la práctica analítica, si seguimos la orientación de Lacan, las identificaciones que la modernidad no elimina, buscamos en el análisis, lo digo así, el sujeto no identificado, el ser subjetivo marcado cierto por la división del lenguaje, pero no identificado, y se dice eso cuando hablamos de la caída de las identificaciones. Lacan dice: denunciamos las identificaciones, lo que quiere decir que primero las identificamos, las reconocemos, hacemos la lista, y, a medida que el sujeto percibe

sus identificaciones simbólicas e imaginarias, percibe siempre que él no es ninguno de esos significantes, y es por eso por lo que Lacan podía decir en un momento que el análisis producía un efecto de desnudamiento.

A este sujeto no identificado, Lacan lo ha llamado, primero, *la Cosa*, el lugar de las pulsiones; en 1970 lo llamaría el objeto *a*, incluso, en 1966 lo nombraría el sujeto del goce, antes de criticar la expresión, y, finalmente, nos habla del inconsciente saber sin sujeto, que no determina al sujeto, sino que determina su cuerpo. En todas estas expresiones que marcan los pasos de elaboración de Lacan, ninguna se aleja nunca del eje freudiano, eje que, desde el principio, apunta a ser evidente, a revelar, a mostrar, el orden y la regulación de lo que Freud llamaba pulsional o sintomática, eso es central en Freud, y es lo que el término sexualidad subsume en Freud, cuando Freud subraya el lazo del inconsciente al sexo; es el lazo del inconsciente a pulsión y síntoma. A pesar de eso hay una diferencia entre Freud y Lacan, resumen de manera rápida: Freud condujo los análisis intentando hacer pasar a la articulación verbal de la palabra lo pulsional y lo sintomático, y el resultado es que su palabra maestra es castración para representar la queja sobre el goce, siempre insuficiente, y entonces esta palabra clave y este resultado del análisis en Freud se encuentran ligados a lo que Lacan ha llamado sus amores con la verdad, o sea, la verdad que se dice en palabras, y la verdad que siempre es un *impasse*, puesto que la palabra no va nunca más allá del medio decir. El medio decir es la ocurrencia de la castración en el lenguaje. Lacan ha intentado ir más allá de estos amores con la verdad, su palabra esencial es más allá de la castración, es *fixión* —con una *x* de síntoma—, y, ¿cómo acceder a eso, a este real, en una práctica de palabra? No es posible acceder con la palabra, pues el significante no está siempre en la estructura de la cadena simbólica de la verdad, hay significantes en lo real, y eso es lo que Lacan ha añadido a Freud. Hay dos ocurrencias del significante en lo real en Lacan: la primera es la alucinación verbal, se dice significante en lo real, puesto que la cadena se encuentra rota, y, en realidad, en este caso se trata de significación en lo real; y hay el significante en la segunda ocurrencia significante pasado a lo real. El significante pasado a lo real, que es diferente, es un significante, o sea, un elemento verbal, mejor decirlo así, sin efectos semánticos, fuera del lenguaje, entonces, que proviene de la lengua y eso es en realidad lo que obliga a Lacan a referirse a

lalengua, puesto que *lalengua* es el único lugar posible para el significante real sin efectos semánticos, y que permiten la coalescencia, la condensación entre lo verbal y el goce.

El significante real tiene una eficacia sobre el cuerpo, y ¿cómo se averigua eso? Eso no se averigua vía la palabra del sujeto, puesto que el sujeto se encuentra traspasado por su *lalengua*, como dice Lacan se averiguará en dos experiencias: la insistencia de la repetición y la constancia del núcleo del síntoma fundamental, dos incurables –utilizo una palabra que Lacan utiliza– que nos enseñan los límites, no del psicoanálisis, sino que nos enseñan los límites de la dialéctica del sujeto representado por el significante.

Ahora mi pregunta: ¿qué es?, en toda esta operación analítica que he resumido a lo máximo, ¿qué es lo que podría cambiar o ser obstaculizado cuando el discurso cambia? Los sujetos nombrados como contemporáneos son sujetos identificados, como siempre, los S1 de las identificaciones son ahora ordenadas por el discurso concurrente, un discurso que ha cambiado, pero que estas identificaciones tienen el mismo efecto. Si hay un cambio, este cambio no puede ser uno de la estructura. Los S1 no son ahora unificados como los grandes significantes antes del discurso anterior, no tenemos más la tropa que camina al paso, pero tenemos una multitud que grita: “¿y yo, y yo?”, pero los S1 de las identificaciones que quedan son más variados, más sorprendentes a veces, y dependen más de la coyuntura de los nacimientos de los individuos. ¡Y, cuidado!, repetimos, los cuerpos son proletarios, no tienen nada para hacer lazo social, y, de hecho, el goce no es algo que liga; Lacan nos dice que el cuerpo proletario es el único síntoma social, sí, pero eso no depende del capitalismo. Como lo hemos leído en *La Tercera*, y yo misma lo he leído en principio así, es un error: los cuerpos proletarios son los cuerpos síntomas y, desde siempre, los síntomas objetan al lazo social.

Respecto a los sujetos, ellos no son proletarios, están siempre ubicados en un discurso: o como siervos del decir de este discurso, o como amo de este discurso en la psicosis. El goce síntoma es proletario, es el único síntoma social, y es lo que dice la famosa expresión: los dispersos disparejos. Para decirlo con una imagen: el vestido cambia, el monje no cambia con la historia, puesto que el monje es la metáfora que utilizo, es la cosa gozante que debemos revelar en un análisis, y que no depende del vestido. Inconveniente de este monje proletario que ilustra el “Hay del Uno”, eso preside a un único afecto:

el odio, es lo que Lacan concluye en el 77, odio del prójimo en su modo de goce, y odio de los otros modos de vida, no lo podemos ignorar hoy. Si seguimos a Lacan en esta vía, y si los analistas son todavía capaces de actuar en la vía abierta por Freud, si saben a qué apunta un análisis, entonces no hay ninguna razón para decir lo que se escucha de algunos que dicen que los sujetos de hoy, apalabrados al capitalismo, no son más analizables, incluso cuando se dirigen a un analista. Sin embargo, eso no da razón para ser optimista porque hay un problema que no está en otra parte, del que veo dos factores: uno que proviene del discurso lazo social y otro que proviene, al menos es lo que sospecho, de los analistas.

Empiezo por el primero. La primera dificultad proviene del hecho de que para apalabrarse al discurso del análisis –porque al discurso del análisis uno debe apalabrarse también– se necesita un acto, hay que quererlo, hay que decidirlo, y no solamente en la primera cita, sino a lo largo del proceso hasta su *ser de goce* síntoma, camino que presenta muchas dificultades, muchos afectos que objetan –como Freud lo ha descubierto con el principio de placer– y muchas frustraciones programadas; entonces, para dirigirse al analista y continuar en el proceso se necesita un motor potente. Y me pregunto si el peso, el precio, del beneficio que se puede esperar de un análisis –que intenté resumir rápidamente aquí– no cambia con la época. Para el hombre de los años 1900, o antes, quizá, hombres fuertemente alienados a los semblantes del discurso de un amo consistente y un discurso en el que el control social era constante y fuertísimo –y no tenemos más idea del control social que hubo–, para este hombre descubrir la parte de su singularidad, ignorada por todos, excepto por él mismo, descubrir en sí mismo significantes propios de su inconsciente sin par, o descubrir los imposibles que fundan lo incurable, no podía ser sino que entusiasmante, de un gran precio. Pero en un mundo totalmente diverso, no unificado, con los S1 múltiples, además segregados en varios lugares, en un mundo donde cada uno intenta hacerse un hueco, de a dos, con otro –como lo ha visto de una manera formidable Sloterdijk, quien habla de la arquitectura del hueco donde ponerse en contra–, refugio de a dos, con una pareja, en un mundo donde, además, la variedad de los goces es largamente aceptado, de las imágenes de los goces; un mundo donde cada uno puede hacer casi todo lo que quiere o puede con su imagen o con su cuerpo carnal, incluso un mundo donde el discurso lo invita, aun, a cultivar su diferencia a

la medida de sus capacidades, y, entonces, un mundo en el que cada uno se sabe diferente y aspira al reconocimiento, reconocimiento de su diferencia. Pueden ver la inquietud, casi delirante, de nuestra época respecto a la discriminación: cada vez que nombramos una diferencia hay una sospecha de discriminación. En breve, un mundo donde el “Hay del Uno” se encuentra en todas partes, donde el odio sube, donde los lazos son amenazados, me digo que la promesa de la famosa diferencia absoluta ha cambiado de valor y los imposibles, como la singularidad incomparable que el psicoanálisis anuncia, no pueden tener el mismo peso.

Entonces, creo que sería el momento de cambiar de discurso, por nuestra parte, sobre este punto. Y creo que Lacan, al final, ha percibido eso, al menos cuando en 1975 dice, en Estados Unidos, que cuando el sujeto se encuentra contento de vivir, basta. El problema, además, se reduplica porque hay una concurrencia entre los discursos y el psicoanálisis mismo busca, como dice Lacan, tener ventaja en el mercado. Los analistas se quejan de no lograrlo, de no ser vencedores en la competencia con los otros discursos, además los sujetos ahora caen bajo la gestión de los nuevos medios de vigilancia de los individuos –Internet, la red, etc.–, y eso va con un nuevo ideal: el de transparencia, transparencia que quiere excluir los secretos de la intimidad. Es un problema para los analistas en los regímenes dictatoriales, y pueden ver ahora cómo en todas partes los espacios donde hay secretos se vuelven objetos de polémicas, secretos de las fuentes de los periodistas, secretos de instrucción a nivel jurídico, secretos de los negocios, secretos de los Estados; hay todo un movimiento de opinión para atacar estos espacios de secretos. Tenemos una nueva inquisición sin dogma unitario, justo el ideal de transparencia. Evidentemente, la afirmación de un inconsciente que determina un goce, además, singular, se encuentra en oposición al ideal de transparencia y los psicoanalistas trabajan con lo más íntimo, lo más odiado ahora en el discurso, lo íntimo, lo que no puede volverse transparente. Algo ha cambiado, eso es seguro, y es que el discurso del amo mandaba a todos a conformarse al orden, pero era bastante indiferente respecto a lo que pasaba en lo privado, en lo íntimo, incluso organizaban la prostitución y su corrupción como su válvula de escape, como algún escape por los sacrificios consentidos. Ahora queremos ser iguales en diferencias, todas reconocidas, y se hace la caza en las singularidades disimuladas. Entonces, todo eso obstaculiza

el psicoanálisis, es cierto, pero por suerte hay siempre más gente que consulta, más gente que no consulta, necesariamente, a un analista, pero incluso a un psicólogo-analista, bueno, más gente que consulta, y la gente que consulta, finalmente, es bastante sencillo, si consultan es porque sufren un fracaso a nivel del deseo: sea el deseo de hacer, el deseo en el amor, pero siempre hay una falla, una dificultad a nivel del deseo, y quizás podemos recordar que, en principio, la especialidad del psicoanalista es hacerse precisamente causa del deseo. Entonces, digo que, a pesar de todos los elementos que intento analizar para entender la dificultad, si tenemos la brújula en su sitio, la situación no es tan catastrófica.

Pero hay todavía otra pregunta y es si los analistas de hoy ¿son todavía este *partenaire* que tiene oportunidad de contestar?, de contestar según lo que saben de la estructura y del inconsciente. Y eso no es absolutamente cierto, me planteaba la pregunta de cómo contestar a una pregunta así, de manera que sea un poco objetiva sobre qué podemos apoyarnos para responder sobre este punto difícil de decir, lo que voy a decir, sencillamente, es que hay malas señales. Es cierto que Roser Casalprim evocaba el santo, Lacan evocaba una analogía con él en el 73, imposible sostener hoy en día, porque comprobamos que los analistas, contrariamente a Freud y Lacan, que todavía tenían una posición de subversión, los analistas están hoy en posición defensiva, polémica y de demanda a la sociedad. Es terrible, hay una inversión de lo que funda el análisis; el análisis se funda en que el analista es el que recibe las demandas, no es él el que demanda a la sociedad, y ahora vemos que no solo se quejan de la época, sino que piden al Estado la protección. Es el *súmmum* de la impotencia, una confesión de debilidad, entonces, no es buena señal, creo que es realmente un índice sintomático del estado de la comunidad analítica.

No sé si podríamos pensar, creo que no sería justo –lo pensé como posible y luego lo descarté–, decir que el problema es que hay hoy en día un montón de psicoanalistas, cada día más, puesto que cada analista produce algunos otros, y el hecho de que la formación de estos analistas no es siempre lo que podría ser. Creo que no lo debemos tomar así porque vemos que los que suplican al Estado la protección son los más antiguos, los más formados, que han perdido la brújula, entonces no es esto. Hay otro signo que me inquieta, es la lengua: los analistas ahora hablan una lengua de madera, una jerga, y no son solo los lacanianos, es en todas partes, y ¿para qué

sirve esa jerga? Es claro, sirve para ponerse bajo una autoridad, es decir, hablamos la lengua de Lacan o de Freud o de Winnicott o de Laplanche, nos ponemos bajo el paraguas de un nombre reconocido, sirve para eso. Los analistas deberían intentar traducir esta lengua, falta la traducción, puesto que la palabra depende de a quién se le habla, el estilo, decía Lacan, es el hombre a quién se habla, la palabra también, entonces la traducción sería necesaria y es verdad que no la vemos en el horizonte.

Entonces, termino, el reto sería estar en el espíritu del tiempo sin salir del campo y de la orientación del psicoanálisis dados por Freud y Lacan, ese es el reto. Y ahora lo que vemos es que este reto no se cumple, puesto que vemos, de un lado, analistas que intentan, con toda honestidad, hablar del psicoanálisis, pero en la lengua de 50 años atrás, y otros más que hablan la lengua de la época, pero no hablan más del psicoanálisis. No voy a designar a nadie ahora, cada uno podrá saber de qué lado está. Entonces, es mejor plantear el diagnóstico si queremos buscar una solución.

Bibliografía

Lacan, Jacques. “Joyce el síntoma”. En *Otros escritos*, 591-598. Buenos Aires: Paidós, 2012.